

EDUARD PUNSET

“LA INTELIGENCIA EMOCIONAL
QUE POSEO ME LA ENSEÑARON
LOS ANIMALES”

CRECIÓ EN EL CAMPO, SOÑÓ SER MARINO, HUYÓ DEL FRANQUISMO CON LO PUESTO, LLEGÓ A MINISTRO POR UNA DEUDA PERSONAL. EN ESTA ENTREVISTA, **EDUARD PUNSET REPASA LOS CAMINOS QUE LE LLEVARON A CONVERTIRSE EN EL DIVULGADOR CIENTÍFICO MÁS LEÍDO** Y EN UN PERSONAJE PÚBLICO ADORADO POR LA GENTE. ASÍ ES EL HOMBRE QUE NUNCA ESTÁ TRISTE.

TEXTO JUAN FERNÁNDEZ FOTOS JOSÉ LUIS ROCA





Desistamos: es imposible lograr que Eduard Punset (Barcelona, 1939) se sienta

hablar sobre él durante una hora sin que se escape por los montes de las emociones, desaparezca tras un bosque de bacterias o corra a sumergirse en la misteriosa sima del hipocampo. Aquella anécdota que le pasó en la infancia es la demostración de ese fantástico descubrimiento que le contó un científico seis décadas después en California. Y si trae a colación a su perra, es sólo para apuntar que fue ella, y no sus amigos los neurólogos, quien le enseñó que la verdadera felicidad reside en la sala de espera de la felicidad.

Vale, pero ¿y él?

Poseedor de más vidas que una muñeca rusa —comunista antes que hombre de Suárez, economista antes que político, abogado antes que tecnólogo—, Punset se ha mimetizado tanto con el pensador científico que ahora representa que hoy es difícil saber dónde acaba el divulgador y comienza la persona. Al fin y al cabo no es tan raro: esta última versión de sí mismo le ha conectado con la especie humana en un grado similar a como sintonizó de niño con los animales. Entonces amaestraba lechuzas. Hoy convierte en *best seller* millonario cada libro de ciencia que publica.

Pero en medio hubo otros Punset.

Lleva más de un millón de libros vendidos, en Facebook tiene 160.000 seguidores, su nombre genera simpatía. Es un hecho: la gente le adora. Y usted dice que todo se debe a que creció rodeado de cabras y perdices.

Es muy fácil: el mecanismo de gestión de los procesos básicos —es decir, el sudor, la digestión, el frío y el calor— lo tenemos heredado de los reptiles. Pero en materia de emociones

somos exactamente igual que las perdices y las ratas. Todo esto me lo explicaron mis amigos los científicos, pero yo ya lo sabía cuando era niño. Porque lo veía a diario. Veía cómo mi lechuga sentía el miedo, la felicidad, el asco, la alegría, y lo expresaba sin tapujos. Claro, ahora vas y le explicas a la gente por qué le pasa lo que le pasa por dentro, que es a lo que me dedico en este momento de mi vida, y en seguida te acogen y te dicen: tú eres mi amigo.

Sostiene que hay que educar emocionalmente de los niños. ¿Quién le enseñó a usted inteligencia emocional cuando era un crío?

La aprendí de los animales. Mucho antes de entrar en contacto con los humanos, yo entré en sintonía con ellos. Domesticaba lechuzas, hablaba con las perdices, me entendía con los roedores del campo. En aquellos años terribles de la posguerra, la única inteligencia emocional que había en este país la tenían los animales. Los humanos también la tenían, pero lo ignoraban. Ahora sabemos que hay procesos cognitivos muy sofisticados que no desembocan en pensamientos racionales. El peso del inconsciente es enorme, pero lo hemos subestimado. Los animales, no.

¿Qué más cosas le enseñaron los animales?

Entre ellos y nosotros hay diferencias, pero las descubrí más tarde. Ya era mayor cuando me

di cuenta de que los humanos, a diferencias de aquellos animales entre los que me crie, somos capaces de amar y odiar al mismo tiempo. Un perro, no. Él no concibe la falta de lealtad y se dejaría matar a palos por su dueño antes de traicionarle. Hay alguna diferencia más, como nuestro descuido por el detalle y la obsesión que tenemos por el proyecto global. Un error, porque nos perdemos mucha riqueza, que no pasa desapercibida a los animales.

Si cierra los ojos y viaja a los años de su infancia, ¿qué ve?

Vivíamos en La Vilella Baixa, en el Priorat, donde padre era médico rural. Tenía a su cargo cinco pueblos. Recuerdo a los agricultores trillando en la era, los atardeceres, la gente del pueblo. En esos tiempos merendabas en la casa de cualquier vecino. Diversión, lo que hoy entendemos por diversión, no teníamos, porque la propia vida era la diversión, nunca separábamos el ocio de la vida. Ir al teatro, oír un concierto o ver una película de cine era impensable. Simplemente trabajábamos, vivíamos, y hablábamos con los animales. Realmente, esa sensación de diversión no la he perdido jamás. Yo nunca he entendido la separación entre entretenimiento y conocimiento. Para mí, vivir y gozar siempre significó lo mismo.

¿Tuvo una infancia feliz?

“ Nunca he entendido la separación entre entretenimiento y conocimiento. Para mí, vivir y gozar siempre ha significado lo mismo ”



¿Qué recuerda de ellos?

Después de mi contacto con los animales, mi encuentro con los locos del manicomio fue la segunda gran experiencia emocional y espiritual de mi vida. Había uno al que llamaban Pedreta, porque iba siempre acariciando una piedrecilla con el índice y el pulgar mientras decía: “*Pedreta, pedreta, pedreta*”. Era genial, ayudaba a los demás a ponerse en la fila para el electrochoque, y, claro, al final le tocaba a él. Cuando les daban las descargas, las conexiones saltaban disparadas. Uno de los momentos más felices de aquella época, y de mi vida, era cuando nos tocaba trasladar a alguno desde el manicomio de la beneficencia, que estaba en Salou, al de pago, en Tarragona. Íbamos con una tartana que llevaba un mozo de Jaén. Recuerdo perfectamente aquel campo precioso repleto de olivos, 10 kilómetros que después yo haría a diario en bicicleta para ir al instituto.

Sí. El primer gran disgusto de mi vida me dio mi lechuza. A los 11 años, cuando llegó la edad de ir al bachillerato, padre hizo oposiciones para trasladarnos a un pueblo más cerca de un instituto. Le recuerdo estudiando por las noches con los pies metidos en un cubo de agua fría, molidos de andar por los pueblos con la mula visitando enfermos. Nos mudamos a Vila-seca i Salou. Y, claro, yo me fui con mi lechuza. Por las noches salía de caza y volvía por la mañana. El primer día salió y volvió. Pero el segundo no regresó. Y nunca más volví a saber de ella.

¿Cómo era aquel niño?

Tenía mucha curiosidad. No por lo que me podía ocurrir a mí, porque no temía nada, sino por lo que le pasaba a la gente. Me gustaba fijarme en la conducta de las personas, me lla-

maba mucho la atención.

Pero saber, lo que se dice saber, sabía poco más que una perdiz.

Pasar de vivir en el Priorat profundo a Salou debió de impactarle.

Al principio viví aquel cambio como una limitación a la sensación de libertad absoluta que tenía en el campo. En el internado de Tarragona tuve que aprender que a las seis de la mañana te despertaban los curas dando palmadas y gritando: “Ave María Purísima, sin pecado concebida”. Y tenías que dar un bote de la cama, e ir a misa y a las clases. Padre era médico de medicina general en el manicomio y los fines de semana le acompañábamos a hacer las visitas. Y ahí pasábamos todo el sábado y el domingo, entre los locos, como les llamábamos entonces.

¿Por qué se fue a Madrid a estudiar

Derecho?

Mi padre me mandó a Madrid porque yo apenas hablaba castellano. Él era muy liberal, yo diría que de izquierdas o centroizquierda, y era muy sabio. Sabía que no podíamos prosperar sin saber bien castellano. Más tarde se las arregló para que los americanos me dieran una beca para hacer parte del bachillerato en Estados Unidos. Lo de Derecho fue porque había un acuerdo generalizado según el cual yo redactaba muy bien. Y en aquella época, si redactabas bien, estudiabas Derecho.

¿Era su vocación?

Yo lo que quería era ser marino. Mis libros de bachillerato estaban llenos de dibujos de gorras de marinos. Me hacía mucha ilusión. Padre estuvo hablando con amigos suyos que ▶

“ En 1958 volví de París con una maleta con un doble fondo que contenía octavillas. En la frontera, la Guardia Civil me pidió que abriera la maleta, y ésa fue la única vez que sentí el miedo ”



PUNSET Y MÁS PUNSET. El autor, con un batallón de clones, en la sede de Destino.

▶ eran marinos, porque él no imponía, era muy flexible. Finalmente lo descartamos, porque todo era muy complicado, pero yo soñé muchas horas imaginándome con los codos apoyados en la barandilla de la cubierta de un barco mirando al mar.

Y eso que usted era de tierra adentro.

Sí, pero en Salou descubrí el mar y me fascinó. Una vez me perdí con mi hermano en una barquita de vela. Estuvimos dos días desaparecidos. Estábamos tan ensimismados con aquella aventura que al ver aparecer una barca con padre y la Guardia Civil, pensamos que eran paseantes y les saludamos contentísimos. Cuando llegaron a nuestra altura nos cubrieron a bofetadas.

¿Dos días perdidos en el mar? ¿Y no se asustó?

Yo nunca he conocido el miedo. Bueno sí, sólo una vez, en 1958. Había ido a París, cuando ya pertenecía a la estructura del PCE, y allí me dieron una maleta con doble fondo que contenía octavillas. En la frontera, la Guardia Civil me pidió que abriera la maleta, y ésa fue la única vez que sentí el miedo, esa flojera en las piernas, esa descarga que te paraliza, que detiene el crecimiento del cerebro y encoge el hipocampo, según han demostrado los neurólogos. Fue la única vez. Aquel guardia civil no descubrió el doble fondo y pasé la frontera. Lo gracioso del caso es que, al llegar a Madrid, los del PCE de aquí me dijeron que esas octavillas no servían para nada, y las quemaron. Tan inútil es el miedo, que la única vez que lo sentí, fue para nada.

¿Y nunca volvió a sentirlo?

Nunca. Yo lo achaco a una tara genética que tenemos en mi familia, llamada fibrilación paroxística. Es una arritmia que hemos heredado de padres y abuelos. Me la diagnosticaron en Estados Unidos siendo ya mayor. Cuando tienes esa fibrilación, entras y sales en crisis cardíacas, sobre todo de joven, y se te agita la respiración. Notas las palpitaciones, ▶

“Quizá he podido seguir todo este camino porque siempre he mantenido la independencia. He estado en partidos políticos, pero a mi manera; he pasado por muchos sitios, pero con distancia”

► el corazón va a su bola, te duele la cabeza. Inconscientemente, no porque nadie me lo dijera, siendo niño descubrí las situaciones que propiciaban las crisis. Una era cuando me enfadaba. La otra era al asustarme. Por eso, desde pequeño, de forma inconsciente, evito esas situaciones, y nunca me enfado ni siento miedo.

¿Ni siquiera cuando tuvo que huir al exilio?

No, pero de esa experiencia me quedó un hábito que aún hoy conservo. En esa época era el representante de lo que llamábamos el Comité de Coordinación Universitario del PCE. Un día, en Madrid, a punto de salir hacia una reunión que teníamos en un bar, sonó el teléfono de la pensión donde vivía y una voz desconocida me dijo: “No vayas a la reunión, está la policía”. Los detuvieron a todos, pero yo pude escapar gracias a que en ese momento llevaba mi pasaporte conmigo. Hui a Francia con lo puesto y luego me fui a vivir a Inglaterra, y desde entonces siempre llevo conmigo el pasaporte. Fue lo que me salvó.

¿Qué buscaba aquel Eduard en el PCE?

Entré al regresar de Estados Unidos, donde había hecho el bachillerato con una beca. En América encontré unos ámbitos de libertad inimaginables para un español de entonces. En la biblioteca de mi *high school* encontré libros que hablaban de feminismo, manifiestos contra la xenofobia, cosas avanzadísimas. Volví embrujado por la libertad. Por entonces, la única oposición real contra la dictadura que había en España la formaban los cuatro gatos que pertenecían al Partido Comunista. En mi decisión de afiliarme también había mucho de sueño de juventud, cuando crees que todo es posible. No es que luego dejes de creerlo, pero adquieres la perspectiva geológica del tiempo, una perspectiva real que te dice que sí, que todo es posible, pero a su tiempo.

¿Por eso dejó la política?

Tras varios años colaborando con el PCE en

el exilio, me di cuenta de que tenía que prepararme mejor para la vida, que debía volver a estudiar. Acepté mi primer trabajo, en la BBC en Londres, y empecé una etapa más profesional. Dejé la política con la firme decisión de no volver a ella. Luego pasé a *The Economist* y después al Fondo Monetario Internacional, pero acabé volviendo a España por el mismo motivo por el que vuelve la mayoría de los españoles: por el chorizo, la butifarra, el sol y todo eso. Las condiciones de trabajo eran infinitamente mejores en el extranjero, pero volví por ese reflejo de la niñez, por la añoranza de lo primitivo, por las lechuzas.

Y acabó volviendo a la política.

Dudé mucho, y sólo lo hice por lealtad a Alberto Oliart, con quien tenía contraída una deuda personal, que sigo teniendo *for ever*. En 1966,

después de ocho años en el exilio, pude volver a España y Oliart me contrató para trabajar en la Renfe, donde él era secretario general. En esos tiempos no era fácil dar trabajo a uno que había pertenecido al PCE y había estado prófugo en el extranjero. Sin embargo, Alberto lo hizo. Años después, cuando lo nombraron ministro de Industria y me pidió que lo acompañara, no pude negarme.

Algo de espíritu político le quedaría, no todo sería lealtad.

Yo tenía una ventaja: había vivido en Londres y EE UU y sabía cómo funcionaban las cosas fuera. Sabía que hay momentos históricos, como la Transición, en los que la política funciona por ráfagas. Y en estas ráfagas es posible hacer cosas a nivel individual que tengan un impacto social. Más tarde eso se profesionaliza, desaparecen las ráfagas y viene otra cosa, que es para los que tienen una vocación política completa de permanencia en la profesión.

¿Mereció la pena aquel viaje?

Sí, sin duda. Volví a la política en la Transición [Fue ministro de Relaciones para las Comunidades Europeas entre 1980 y 1981] por el mismo motivo por el que me había metido a finales de los 50: en parte por falta de precaución, en parte por los sueños. Pero, llegado un momento, entendí que ya era la hora de los profesionales de la política, la ráfaga que a mí me interesaba ya había pasado. Y vino a mí la siguiente obsesión, la de la irrupción de la ciencia en la cultura popular.

¿Esta trayectoria responde a un plan?

No, mi vida nunca ha estado planificada. Pensándolo ahora, quizá he podido seguir todo este camino porque siempre he mantenido una cierta independencia en todo lo que he hecho. He estado en partidos políticos, pero a mi manera; he pasado por muchos sitios, pero con distancia. Nunca he tenido jefes, o al menos jamás he sentido que los tenía. Y he disfrutado tanto... A veces me cuesta pensar que haya gente triste. **DOM**

AUTOR CON TIRÓN

UN MILLÓN DE LIBROS VENDIDOS SIN RENUNCIAR AL RIGOR



Eduard Punset ha logrado superar la barrera del millón de libros vendidos, una cifra que está al alcance de pocos autores españoles. Y menos aún si han apostado por el campo de la divulgación científica, y la han abordado con rigor. De la docena de ensayos que ha publicado, tres han sido decisivos para alcanzar la cifra mítica del millón: *El viaje a la felicidad* (2005), *El viaje al amor* (2007) y *El viaje al poder de la mente* (2010), todos editados por Destino.